

GRAN BAILE EN LA CONCORDIA

César M. Arconada

CUADRO ÚNICO

Decoración: La escena representa un ángulo del salón del casino La Concordia, en un pueblo español, en la Plaza, que ha de verse por los ventanales del fondo donde está la puerta, y por algunas otras ventanas laterales. La Concordia es esto que con significación definitiva se llama en los pueblos «casino de los señores». Mobiliario y decoración ajustados.

En una parte del ángulo de este salón, una mesa pequeña y varias cómodas butacas donde están sentados unos cuantos señores ricos. Debe acentuarse a cada momento el rasgo caricaturesco de ellos. La tarde en que se desarrolla la farsa es fiesta. Hay baile de señoritas y señoritos. La música aparenta estar más al fondo, sin verse. Cuando danzan, las parejas pasan, hablan y desaparecen por el escenario, que representa ser únicamente una parte del salón, y que se prolonga, abierto, por el lado derecho del espectador.

Es el anochecer. Debe verse con alguna claridad a través de las ventanas a la gente que pasa por la acera del casino.

PERSONAJES

Don Cirilo

Don Esteban

Don Macario

Don Juan Pirandón

El comandante

Periquito P

Parejas de baile de señoritas y señoritos

Escobero

El Fiscal

Timoneda

El músico

Obreros y campesinos

Mujeres y hombres del pueblo

Están en escena, sentados en las butacas, cuatro señores: DON JUAN PIRANDÓN, DON CIRILO, DON MACARIO y DON ESTEBAN. El COMANDANTE retirado Cantarinofrío, en pie, lee en voz alta El Debate. El COMANDANTE va vestido de paisano, pero lleva polainas y fusta de militar.

EL COMANDANTE CANTARINOFRIO (*con voz engolada*): ...«Y después de propinarle cuatro garrotazos en la nuca (¡qué bestias!) las turbas feroces, ahítas de sangre y de venganza, ataron las barbas del pobre don Abasalón a la cola de un caballo y arrastraron su cuerpo ensangrentado por todas las calles del pueblo. (*Da un golpe en el periódico, con la mano*.) ¡Qué salvajismo, señores! Hasta que le dejaron por muerto en un muladar de las afueras. ¡Oigan, oigan esto! (*Recalcándolo*.) «Entre las turbas iba el alcalde socialista de la localidad repartiendo, entre los feroces criminales; vasos de vino y puros.»

DON MACARIO (*fumando un puro; las manos puestas en el vientre; hace un tic nervioso que produce un ruido como de fuelle, con un eco ronco de voz*): ¡Uf!

DON JUAN PIRANDÓN: Amigo don Esteban, cuando las barbas de tu vecino...

DON ESTEBAN (*rápido, atusándose las barbas*): ¡Qué dice usted, hombre, qué dice! ¡Vaya broma pesada! ¡Sí que es un gusto eso de dejarse afeitar por un caballo!

DON CIRILO: Y después, ¿qué harían con el pobre señor?

DON JUAN PIRANDÓN: En el muladar, los grajos le comerían la barriga.

DON MACARIO (*apretándose la barriga y dando un soplido de hipopótamo*): ¡Uf!

DON JUAN PIRANDÓN: ¿También usted se da por aludido, mi querido amigo Macario?

EL COMANDANTE (*siguiendo su lectura*): ¡Oigan! ¡Oigan! ¡Otro nuevo crimen de esos desalmados comunistas!

DON ESTEBAN: ¡La masonería y el oro de Moscú van a acabar con España!

EL COMANDANTE (*leyendo en voz alta*): «Comunican de Campovega del Rebollar que en el término de aquel pueblo han aparecido colgados en las encinas, con la lengua afuera y la cara transfigurada por los sufrimientos, dos ricos propietarios de Campovega. Se tiene la evidencia de que se trata de dos crímenes políticos, pues los campesinos de aquellos contornos, envenenados por el triunfo del Frente Popular, están cometiendo todos los días desmanes sin cuenta.»

DON MACARIO: ¡La lengua afuera! (*Su soplido*.) ¡Uf!

EL COMANDANTE: ¡Esta es la democracia y la toleración que nos brinda el gobierno!

DON ESTEBAN: ¡Estamos perdidos, perdidos! Si Dios misericordioso no nos escucha, ¿qué va a ser de nosotros? Debemos hacer una rogativa al Santísimo Cristo del Puerto.

Todos sonríen y afirman con la cabeza.

DON CIRILO: ¡Está bien la idea! ¡No les parece?

DON ESTEBAN: En los malos tiempos es cuando Dios prueba la fe de sus creyentes. (*Suspira*.) ¡Ay, Dios de Dios!

EL COMANDANTE (*altanero*): Si se hace la rogativa, yo soy el primero en llevar mi cirio a la procesión. ¡A creyente no me gana nadie! ¡A la hora de rezar, rezo y me postro ante Dios como su humilde siervo! ¡Pero a la hora de pelear, desenvaino mi espada nunca manchada por el deshonor, y peleo y lucho con la bravura de un buen soldado de la España grande de Isabel la Católica!

DON MACARIO (*revolviéndose en la butaca y afirmando con la cabeza su conformidad*): ¡Uf! ¡Un gran hombre este militar!

DON CIRILO: ¡Ha tenido que venir esta asquerosa República para que los hombres tan ilustres no sean necesarios en el ejército!

DON JUAN PIRANDÓN: ¡Comandante! ¡Usted es un héroe! ¡De esa misma madera soy yo! ¡Con las

mujeres y con el enemigo, luchar hasta vencer! ¡Tengo una experiencia!...

DON CIRILO: Sobre todo en lo de las mujeres. ¡Cuántas caerán esta tarde, cuántas!

DON JUAN PIRANDÓN (*sonriendo*): ¡Oh! ¡Oh! Éste no es mi elemento, señores, comprendan ustedes... Yo soy gallo de otro corral. Ya saben ustedes lo que decía un amigo mío muy gracioso: los hombres tienen tres etapas: una cuando les gusta dar cachetitos a las mujeres. Después, cuando les gusta dar pellizcos, coger pelladas de masa. Y por último, cuando les gusta revolver bien la masa, meter manos y brazos en ella, como puercos.

DON ESTEBAN: Esa lengua, don Juan, que Dios nos oye y apunta en su cuaderno una nota de calificación.

DON CIRILO: Pues a éste le pondrá un cero bien redondo.

DON JUAN PIRANDÓN: Es lo que yo digo: que me quiten lo bailao cuando el baile de la vida acabe.

DON ESTEBAN: ¡Calla, mala lengua, calla! La muerte nos espía en cada rincón y hay que tener el alma limpia para que Dios pueda acogerla, en cualquier momento, en su limpiísima mansión celestial.

DON MACARIO se ha dormido y ronca y resopla su vientre.

DON CIRILO: Sí, justamente. En estos tiempos quien más o quien menos de nosotros está apuntado por los comunistas para ser colgado de una encina, con la lengua afuera y con las patas cayendo como dos palos.

EL COMANDANTE: ¡Alto ahí, mi buen amigo! (*Con energía y petulancia.*) ¡El hecho de que haya triunfado la canalla marxista, no quiere decir que los hombres honrados tengamos que ser cabrones!

DON ESTEBAN (*asustado*): ¡Chis! ¡Comandante, que pueden oírnos; entra gente en el baile!

DON MACARIO (*despertándose; con su vozarrón de tubo de oxígeno*): ¡Uf! ¡Qué pasa? He oído decir cabrones.

EL COMANDANTE: ¡Un hombre como yo, un hombre que se ha batido en Marruecos, frente a frente con los moros, en mil jornadas heroicas! ¡Un hombre que está lleno de cruces y condecoraciones! ¡Un militar español! ¡Ah! ¡No y mil veces no! ¡Me colgarán en una encina, no lo niego; pero no sin que antes mi pistola haga cisco la cabezota de tres o cuatro! Por eso decía yo antes, ¿rogativas? ¡Bien! ¡Vamos allá! A Dios rogando y con el mazo dando, que dice el refrán. ¿Rogativas? ¡Bien! Pero no olvidarse del mazo. No olvidarse de que hay que defenderse a tiros contra esa canalla criminal que hoy está gobernando.

DON JUAN PIRANDÓN (*ceremonioso*): ¡Comandante en jefe, cuente con un soldado de filas para esa cruzada!

DON CIRILO: Cuente usted conmigo. ¡Usted es nuestro salvador!

DON MACARIO (*un poco al oído*): ¡Cuente usted con dinero! ¡Por monises no quedará!

DON ESTEBAN: Yo soy partidario de palabras y no de tiros. Jesucristo sólo luchó con palabras y venció a sus poderosos enemigos. Si vienen a mí, yo les diré razones para que me respeten; yo ablandaré sus corazones endurecidos por esas doctrinas inmundas, con las cuales, cuatro vividores desaprensivos los explotan y los engañan.

Durante este tiempo entran por la puerta del fondo señoritas y jóvenes que pasean por el salón del casino y luego se pondrán a bailar cuando suene la música.

EL COMANDANTE: ¡Sentimentalismo! Eso se llama tocar el arpa, mi buen don Esteban. ¡No! De las fieras no hay que defenderse con razones sino con tiros. ¡Pum! ¡pum! ¡pum! ¡Yo no me voy a andar con historias! Que me encuentro a un marxista detrás de la puerta al ir a casa, pues ¡pum! ¡pum! ¡pum! ¡A otra cosa! Que me encuentro a cualquier tío que me dice una palabra más fuerte que otra, pues nada, ¡pum! ¡pum! ¡pum!, adelante los valientes. Que me cogen, que tratan de llevarme a una dehesa para colgarme de una encina, ¡ja! ¡ja! ¡ja! *(Con un golpe en el pecho.)* ¡Lo juro por mi honor! Me matarán, me despedazarán, pero, ¡pum! ¡pum! ¡pum! Me cargaré a cuatro o cinco hijos de puta.

DON ESTEBAN: ¡Ay! ¡Más bajo, comandante, que ya hay señoritas en el baile!

EL COMANDANTE: ¡Aquí llevo la pistola cargada! ¡Quieren verla? ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Vamos a ver quién de estos cabrones tiene más pelotas que un antiguo comandante del glorioso ejército de su majestad el rey Alfonso XIII!

DON JUAN: ¡Muy bien! ¡Bravo! Comandante Cantarinofrio. ¡Eso mismo pienso hacer yo, que soy el primogénito de nobles y tengo que defender mis heredades que vienen en poder de nuestra casa desde los reyes Católicos! ¡También yo, comandante, tengo mi tal para cual. *(Enseña la culata de la pistola, recelosamente.)* Antes, los perros de las dehesas, algunos maridos celosos, los padres demasiado exigentes con la honra de sus hijas... Y ahora, estos tiempos de bandidos socialistas y comunistas que no dejan vivir a ninguna persona honrada...

EL COMANDANTE: Debemos organizar militarmente nuestra defensa propia y la de nuestros intereses. *(En voz baja.)* ¡Algunos de ustedes quiere armas? Yo puedo...

DON MACARIO: ¡Uf! Yo no sé manejar esos chismes, pero se las he dado a mis criados para que me defiendan.

DON CIRILO *(también en voz baja)*: Yo no me chupo el dedo. Comandante, tengo una ametralladora en casa y estoy enseñando a mi mujer el manejo de ella.

DON JUAN: ¡Cáspita! ¡No creía yo que nuestras mujeres tuvieran una Agustina de Aragón dentro!

EL COMANDANTE: Y usted, don Esteban, ¿tiene armas?

DON ESTEBAN: ¡Tengo palabras! Yo rezo, rezo, rezo. No necesito defenderme de nada. Dios toma mi defensa, cuando mi defensa es conveniente.

EL COMANDANTE: No sea usted idealista en estos momentos. ¿No ve usted lo que nos trae el Frente Popular? Asalto de fincas, quema de iglesias, muerte de patronos. Si nos dejamos, la ola roja que viene desde Moscú nos inundará a todos. ¡Es preciso defenderse! *(Al oído.)* ¿Quiere usted una?

DON ESTEBAN: Yo no, no. Yo no sabría matar... Tendría miedo... Nunca he disparado...

EL COMANDANTE: Si es muy fácil. Lo hace una criatura. Se aprieta el gatillo, y ¡pum! ¡pum! ¡pum!, caen como moscas.

DON ESTEBAN: ¡No, no! ¡No quiero esas cosas mortíferas!

DON JUAN: ¡Cójala usted, hombre! ¡Quién sabe lo que puede pasar!

EL COMANDANTE *(se dirige a la percha y coge del bolsillo del gabán una pistola; dándosela recelosamente)*: ¡Tome usted! ¡A callar!

DON ESTEBAN *(cogiéndola)*: ¡Si no quería!...

Empieza la música. Las parejas bailan. Estos muñecos de las parejas deben ser caricaturas de los jóvenes de la sociedad elegante del pueblo. Algunas parejas, al pasar bailando por el escenario hablan en voz alta, alternativamente. Mientras, los señores de la tertulia simulan que siguen hablando, pero en voz baja.

ELLA: ¡No me aprietes tanto, Guillermin, que me hormiguea todo el cuerpo como si estuvieran arañándome!

ÉL: ¡No seas tonta y pueblerina! ¡No ves cómo bailan en el cine? ¡Voy a comerte de un bocao, cachonda!

ELLA (*arrimándose como una gata y sonriendo*): ¡Ay! ¡Ay Guillermin, Guillermin!

ÉL (*de otra pareja*): Verás. Voy a contarte un cuento. A mí me gusta cuando bailo con una chica guapa contarle un cuento... un cuento...

ELLA: ¿De qué es el cuento? Si me vas a aburrir, déjame de cuentos.

ÉL: Un cuento..., un cuento... Verás. Es un cuento de color... Vamos de color verde.

ELLA (*sonríe*): ¡No! ¡No! ¡Sinvergüenza! ¡Tú qué te has creído! ¡No me cuentes nada!

ÉL: Pues, verás: esto era un obispo...

ELLA (*cada vez más sonriente*): ¡Que no! ¡Que no! Bueno; tú podrás hablar indecencias, pero yo no te escucho.

ÉL: ...Un obispo que fue a un convento de monjas, de visita pastoral... (*Desaparece la pareja.*)

Empiezan a pasar por detrás de los cristales del casino campesinos y obreros, en grupos o solos, hombres o mujeres. Cada uno de ellos mira con insolencia por los cristales y hacen diversas muecas y burlas a los señores. Una mujer saca la lengua, otra toca la gaita con la mano en la nariz. Alguno amenaza con un garrote. Estas escenas no son continuas. Se suceden intermitentemente a medida que van pasando los obreros y campesinos por la plaza.

DON CIRILO: ¡Qué insolente! Apuntad, el tío Asperilla y su nuera. Que vayan luego a pedirnos trabajo. ¡Miau! ¡Pa el gato!

DON MACARIO: ¡Uf! ¡Cabestros! ¡Cabestros!

DON JUAN: ¿También esa tía zorra? La de veces que se ha revolcao conmigo en los pajares.

EL COMANDANTE: ¿Otros? ¡Es intolerable! ¡Yo no aguanto más a esa canalla!

DON ESTEBAN: ¿Qué les pasa? Han perdido el respeto a lo divino y a lo humano. ¡Esas doctrinas disolventes!...

DON CIRILO: ¿Y a qué viene todo esto? ¡Es incomprendible!

DON ESTEBAN (*receloso como todos*): Me escama la cosa. ¡No intentarán algo?

DON MACARIO (*agarrándose su tripa*): ¡Uf! ¡Trágalos, Lucifer!

DON JUAN: ¡Cuernos de vaca portuguesa os voy a poner a todos, hijos de zorra!

DON ESTEBAN: ¡Chit! Esa lengua, don Juan, que no le oigan las señoritas del baile...

EL COMANDANTE: ¡Más aún? ¡No resisto! ¡No me contengo! ¡Canallas! ¡Esperad, voy a disparar la pistola y me cargo a unos cuantos!

TODOS: ¡Comandante, comandante, no haga usted eso, por la Virgen Santísima! ¡Qué iba a pasar! (*Le cogen la mano que ya empuñaba la pistola.*)

DON ESTEBAN: ¡Las pobres señoritas se asustarían!

PERIQUITO (*entra en el casino, deprisa*): ¡Señores, señores, parece que la cosa se pone fea! Oigo por ahí... Dicen que quieren asaltar el casino.

TODOS (*alzando las cabezas, asustados*): ¡Eh?

DON CIRILO: El caso es que voy teniendo un poco de apetito. Me llegaré a casa en un momento a ver si mi mujer me tiene preparado el chocolate.

DON MACARIO: ¡Uf! Le acompaño, amigo. ¡Me espera mi mujer para rezar el rosario!

DON JUAN: ¡Yo me quedo aquí! ¡No quiero que se diga que Juan Pirandón tiene miedo! Y eso que esta tarde tenía cita con una prójima...

DON ESTEBAN (*con más miedo aún que los otros*): Yo tengo que ir a los ejercicios de San Gasparín. ¡Es cierto señores!

EL COMANDANTE: ¡Aquí nadie tiene miedo! ¡Somos valientes, y desafiaremos a esa canalla repugnante! ¡Además, los guardias del asalto están aquí! ¡Periquito, vete al teléfono y llámalos! Di que la chusma está insolente mientras los honrados socios del casino celebramos un baile familiar.

PERIQUITO sale por la puerta, al teléfono.

TODOS: ¡Ah! ¡Pero están aquí los guardias de asalto? ¡Ah! ¡Están aquí los guardias de asalto! (*Mirándose unos a otros y meneando la cabeza.*) ¡Están aquí los guardias de asalto! (*Riéndose.*) ¡Están aquí los guardias de asalto!

EL COMANDANTE (*se pasea jactancioso*): ¡Qué provocación! ¡Me parece que esta noche los gatos van a comer sesos de marxista! ¡A mí que no me anden con bromas! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Menuda sarracina soy capaz de armar.

Las burlas por detrás de los cristales continúan cada vez más frecuentes y más amenazadoras.

ELLA (*de una pareja de baile*): ¡Nada, esto no puede ser! ¡No puede ser! O me dejas libre, o te decides de una vez. Yo no estoy para perder el tiempo... para perder el tiempo. ¡O te casas conmigo o me dejas libre el camino! ¡Ay, que los hombres sois duros de pelar! ¡A casarse llaman? ¡No oigo, pichoncito de mi palomar!

ÉL: ¡Tontuela, esta noche lo pienso y mañana hablaremos de ello en el cine! ¡Es de mujeres poco modernas hablar de estas cosas vulgares! ¡La vida libre, el amor libre, las mujeres libres!

ELLA: ¡Todo lo que tú quieras, Politò; pero la iglesia, antes; pasar por la iglesia! El cura y el amor: eso quiero yo.

ÉL (*otro*): ¡Qué ojazos tiene usted, María Luz! ¡Míreme, usted! Hay un hombre que quisiera ser feliz al lado suyo, entre sus brazos, arrullado por una música de besos y palabras tiernas y bonitas que cayeran sobre el corazón y le hicieran temblar, temblar...

ELLA (*mirándole con arrobamiento*): ¡Ay! ¡Sigue! ¡Dime más cosas! ¡Sigue diciéndome más cosas bonitas! ¡Ay!

ELLA (*la pareja del cuento, se ríe a carcajadas*): ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué bruto eres! ¡Qué sinvergüenza! Oye, ¿y qué pasó después!

ÉL: Pues que a los nueve meses de la visita, la monjita...

ELLA: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Mira, a mí no me cuentes esas cosas! ¡Mala lengua! ¡Qué indecencias y porquerías! ¡Uf, qué asco de hombre!

ÉL: Te voy a contar otro.

ELLA (riéndose y agradeciéndose): ¡A mí no! ¡Basta de marranadas, sinvergüenza!... ¿Y cómo empieza ese otro cuento?

Entra PERIQUITO. Durante este tiempo los señores han estado desafiantes con los obreros y campesinos de la plaza, contestando con gestos de valentía a las burlas que los otros, al pasar, los hacían delante de los cristales.

PERIQUITO: ¡Me dicen que los guardias de asalto han salido urgentemente para la capital!

Susto. Todos tiemblan.

DON MACARIO: ¡Uf! ¡Llama a la capital, Periquito, que vengan en seguida, que para eso los pagamos!

DON CIRILO: La verdad es que mi chocolate debe estar quedándose frío.

DON ESTEBAN: ¡Y mi mujer que me estaba esperando para rezar el rosario!

EL COMANDANTE (cambiando de tono): Bien pensado, es tonto que aceptemos la provocación. Debíamos salir y darnos un paseíto.

TODOS (muy contentos): ¡Es una idea! ¡Bravo, heroico comandante!

DON JUAN: ¡Este comandante tiene unas ideas tan felices!

DON ESTEBAN: Usted puede quedarse, don Juan Pirandón. Por lo que veo el baile está muy animado y hay chichas muy bonitas.

DON JUAN: Sí, sí, muy bonitas... Pero, ¿qué quiere usted? Uno ya es gallo de rincón, y además en sitio donde esté oscuro. ¡Salgo, salgo con ustedes! Una noche así, no es para despreciarla...

Cuando se disponen a levantarse, se oye rumor de gente en la calle, frente a los vidrios del casino, y los grupos aumentan. De pronto, en seco, suena una pedrada que hace añicos un cristal. Dentro se produce un momento de pánico. Se suspende la música. Hay un grito unánime. Los señores se quedan inmóviles del susto. Se forman corros, se comenta si debe seguir o suspenderse el baile. Al cabo de unos instantes de vacilación se oye un estrépito de cristales, las puertas se echan abajo, y un grupo de hombres y mujeres, obreros y campesinos, se mete en el casino, como una avalancha. Se produce una gran confusión. Las señoritas gritan, corren de un sitio a otro. Los señoritos se esconden en los rincones. DON MACARIO se arrastra por el suelo hasta llegar a una estufa francesa por donde quiere meterse inútilmente. DON CIRILO se oculta debajo de una silla. DON ESTEBAN se acurruca en un rincón, con la cabeza entre las piernas. El comandante se mete debajo de una mesa, y DON JUAN PIRANDÓN da un salto y sube a una gran lámpara que pende del techo.

OBRREROS Y CAMPESINOS (a gritos): ¡Viva la revolución, burgueses!

OTRA VOZ: ¡Por los pingos de los señoritingos!

OTRA VOZ: ¡Dónde está ese «jefazo» de comandante!

TODOS: ¡U.H.P! ¡U.H.P! ¡Viva Asturias!

Este momento es de una gran plasticidad y deben manejarse los muñecos hábilmente. Mujeres y hombres avanzan en tumulto hasta la mitad de la escena, haciendo grandes gestos, enarbolando palos y pañuelos rojos, cantando y profiriendo gritos. Delante de ellos avanza TIMONEDA, el músico, con gafas negras y un acordeón al cuello. Las conversaciones que se desarrollan a partir de este momento son de gran movilidad, agitadas, entre gritos, rumores y confusión.

UN CAMPESINO: ¡Ahora mismo me bajo los pantalones y voy a poner una plasta de mierda en las mismas narices de los burgueses!

UNA MUJER: ¡No hagas eso, Cojo, que ya huele aquí bastante mal!

UNA VOZ: ¡Abajo los burgueses explotadores de nuestra sangre!

TODOS: ¡Abajo!

UNA VOZ: ¡Abajo los caciques y terratenientes!

TODOS: ¡Abajo!

UNA VOZ: ¡Abajo el fascismo asesino!

TODOS: ¡Abajo!

UNA VOZ: ¡Abajo los curas!

TODOS: ¡Abajo!

UNA VOZ: ¡Abajo los pantalones y arriba las faldas! (Risas.)

Las señoritas gritan.

UNA VOZ: Hagamos un tribunal del pueblo para juzgar a estos marranos burgueses del casino La Concordia.

TODOS: ¡Eso es! ¡Eso! ¡Muy bien! ¡Un tribunal!

UNA VOZ: ¡Usted, Pedro Escobero, usted el juez! ¡Venga aquí!

PEDRO ESCOBERO es un viejo campesino socarrón. Avanza por entre el grupo y se sienta encima de la mesa.

OTRA VOZ: ¡Yo y mi garrote somos el fiscal!

Da un golpe en el suelo con un fuerte garrote que lleva en las manos. Se coloca al lado del juez.

UNA VOZ: ¡Viva el tribunal del pueblo!

TODOS: ¡Viva! ¡Viva!

UNA VOZ DE MUJER: ¡Haber cómo hacéis justicia, Pedro Escobero!

OTRA VOZ: ¡Y el del garrote que no se duerma!

EL JUEZ: ¡Camaradas, vamos a juzgar a los burgueses que nos han chupado la sangre en estos años del estraperlo cedista-radical! Que venga el primero. ¡Fiscal, cuando yo diga, al acabar, «¡juzgado por el tribunal revolucionario!» tú haces ¡pom! Y caes la tranca sobre su caletre.

TIMONEDA (*empieza a tocar «La Internacional» en el acordeón*): ¡Esta música los araña, como si se les metiera por la boca un gato rabioso!

TODOS: ¡A ellos! ¡A bajar los calzones a los señorones!

UNA VOZ: Pero, ¿dónde se han metido los prójimos?

Durante estas escenas del pueblo, los señores, escondidos en los sitios ya indicados, hacen gestos grotescos de miedo. El comandante lucha entre el miedo y el valor del fanfarrón, con su pistola en la mano que saca y esconde a cada momento.

TODOS: ¡Miau! ¡Miau!

UNA MUJER (*descubriendo a DON MACARIO en la chimenea*): ¡Aquí veo un trasero que quiere huir

chimenea arriba como una bruja!
Le coge de la chaqueta, por detrás, pero no puede levantarlo.

OTRA MUJER (*en su ayuda*): ¡Compañeros, empujad aquí, que este culo pesa como cochino bien cebao!

Acuden otros. Risas. Por fin consiguen levantarlo. DON MACARIO tiembla y da sus acostumbrados resoplidos de hipopótamo.

DON MACARIO: ¡Uf! ¡Yo no me he metido en nada, paisanos! ¡Yo soy inocente! ¡Mi mujer me espera para rezar el rosario! ¡Dejadme ir! ¡Yo soy como vosotros, un proletario!

Risas.

TDOS: ¡Proletario don Macario! (*En otro tono de voz.*) ¡Rosario!

UNA VOZ: ¡Barriga llena, te vamos a abrir la andorga para ver qué sapos llevas dentro!

ESCOBERO (*con sorna*): ¡Ven aquí, compañero don Macario, el del rosario proletario!

VOCES: ¡El del gorrote: darle, sin escucharlo!

ESCOBERO: De modo que un compañero como tú, don Macario proletario, ¿por qué te negaste este invierno a darnos trabajo si no llevábamos recomendación del cura?

VOCES: ¡Porque don Macario proletario es un sicario!

VOCES: ¡Darlo!

DON MACARIO (*tembloroso, lleno de miedo*): ¡Uf! ¡Ay! ¡Ay!

ESCOBERO: ¡Juzgado por el tribunal revolucionario!

EL FISCAL: ¡Pom!

Descarga el garrote sobre la cabeza. DON MACARIO cae y sobre su vientre se sienta el músico TIMONEDA.

TIMONEDA (*toca; inicia «La Internacional»*): ¡Buena almohada para mi culo!

UNA VOZ: ¡Timonedal! ¡Buen mulo para tu culo, dirás! ¡Toca!

OTRA VOZ: ¡Debajo de este sillón hay un ratón! (*Dan patadas debajo del asiento.*)

DON CIRILO: ¡Ay! ¡No deis patadas, amigos, que ahora salgo! ¡Estoy aquí componiendo un muelle a este diván!

VOCES: ¡Déjalo, maestro, ya sabemos que de muelles entiendes menos que de municipios!

OTRA VOZ: ¡Que salga el rabón ratón que hay metido en el sillón!

Otras VOCES: ¡Que salga el cabrón!

DON CIRILO (*sale, y va a gatas hasta el medio del grupo*): ¡Cuatro hijos tengo como cuatro candelas de la virgen! ¡No me hagáis nada, compañeros! ¡Por mis hijos!... ¡Os prometo!...

UNA VOZ: ¡Cómo promete este prójimo cuando tiene la soga al cuello!

OTRA VOZ: Estos años atrás, desde el Municipio, no prometía más que lo que daba: buenos palos a todos nosotros.

EL JUEZ: ¡Hola, buen amigo don Cirilo!, ¿cómo va el Municipio? (*Dirigiéndose a los demás.*) ¿Conocéis al amigo compañero don Cirilo?

UNA VOZ: Éste fue el que me metió en la cárcel por encender un fósforo después de las doce.

OTRA VOZ: ¡Éste fue el que nos dijo cuando fuimos a pedirle trabajo que comiéramos papel de *El*

Socialista, que tenía muy buen gusto y alimentaba!

OTRA VOZ: ¡Éste fue el que trajo esquirols para segar los trigos!

OTRA VOZ: ¡Éste fue el que en octubre hizo que se llevara a la cárcel a los hijos de Celso, el carpintero!

OTRA VOZ: Éste fue...

ESCOBERO: ¡Basta, basta; yo, Escobero, digo: juzgado por la revolución!

EL FISCAL (*aplicándole el garrote*): ¡Pom! (*Cae.*)

TIMONEDA (*toca de nuevo unos compases de «La Internacional»*): ¡Otro mulo para mi culo! (*Se levanta de la barriga de DON MACARIO y se sienta en la de DON CIRILO.*)

UNA VOZ: ¡En qué madriguera hay otro hurón metido?

TODOS (*mirando*): ¡Que del agujero salga el hurón puñetero!

VOCES: ¡Allí, allí en aquel rincón hay pelos que se menean!

EL JUEZ: ¡No me gusta que los pelos se arrastren por los suelos como las escobas! ¡Vamos, barbita, venga usted ante el pueblo!

DON ESTEBAN no se levanta. Se pone de rodillas y reza.

UNA VOZ: ¡Que esto es un baile y no una misa, señor barbas!...

OTRA VOZ: ¡Vamos por él! ¡Éste es capaz de cagar y mear rosarios!

Le cogen. DON ESTEBAN va temblando silenciosamente. Cuando llega en medio de la gente, se saca una medalla del pecho, la besa, pone los brazos en cruz. Se arrodilla y comienza a rezar.

Risas.

UNA VOZ: ¡Arrea! ¡Este tío parece que la ha cogido con vino de consagrar!

OTRA VOZ: ¡Mucho padre nuestro, pero la víspera de las elecciones le he visto yo comprando votos en la Plaza!

EL JUEZ: ¡Padre nuestro metido en un cesto, tapao con adobes, *misere nobis!*

TODOS (*riendo*): ¡Padre nuestro metido en un cesto, tapao con adobes, *misere nobis!*

EL JUEZ: Fiscal, con éste deja que caiga el garrote de arriba, creará que es gloria del cielo en forma de longaniza.

EL FISCAL: ¡Tocinillo o solomillo; longaniza o salchichón; pom! (*Da el golpe.*)

TIMONEDA (*toca*): ¡Un burrillo para mi culillo! (*Se levanta y se sienta sobre DON ESTEBAN.*)

UNA VOZ: ¡Eh! ¡Eh! ¡Aquí he descubierto otro lagarto bajo la mesa!

EL FISCAL: ¡Que salga el lagarto, que le parto! ¡A este cebón, pom! ¡A este maricón, pom! ¡A este cabrón, pom! ¡Que salga el lagarto que le parto!

ESCOBERO: ¡Ja! ¡Ja! De modo que debajo una mesa estaba el elegante, brillante, comandante...

TODOS: ¡Que cante el comandante!

EL COMANDANTE (*nervioso y tembloroso; hace a veces ademanes de sacar la pistola; se desenvuelve en una transición continua entre la bravuconería y el miedo*): ¡Reírse de mí, canallas! ¡De mí, que soy un bravo militar lleno de cruces ganadas en las guerras! ¡Cobardes! ¡Os desafío!

TODOS (*rumores; grandes voces*): ¡A este fascista que chista, garrote en el cogote!

TODOS (*a coro*): ¡Garrote en el cogote del militarote! ¡Garrote en el cogote del militarote!

EL COMANDANTE (*casi llorando*): ¡No! ¡No! ¡Garrote no! ¡Si después de todo yo soy una buena

persona que no se mete con nadie...! ¡Y todos podemos ser amigos! Además, yo no soy político, no me importa la política... ¡Soy militar! (*Más alto.*) ¡Soy militar! ¡Cobardes! ¡Cobardes! ¡Tratar así a un militar que se ha batido en las guerras, desafiando la muerte! ¡No me entrego, no! (*Saca la pistola y hace con ella ademanes en el aire.*) ¡Os mato, pellejos comunistas, canallas, os mato!

Gran revuelo. Voces. Todos gesticulan, quieren echarse sobre él.

ESCOBERO: ¡Calma, compañeros, que a este militar bizarro le vamos a condecorar con la cruz del bocajarro! ¡Fiscal, quítale la pistola, pónsela en el pecho y dispara!

VOCES: ¡Muerte humillante para el comandante! ¡Muerte humillante para el comandante!

Otras VOCES: ¡Al fascista que chista, muerte lista!

EL COMANDANTE: ¡Perdón! ¡Perdón! ¡No me matéis! ¡Si yo no os quiero mal! ¡Los que hablaban pestes de vosotros eran esos egoístas de propietarios que habéis dao garrote! ¡Pero yo no! ¡Yo no!

VOCES: ¡Muerte humillante para el comandante!

El fiscal coge la pistola, y a bocajarro, dispara en el pecho. Un grito unánime. El COMANDANTE cae al suelo y al mismo tiempo, lleno de susto se deja caer de la lámpara, en medio del grupo, DON JUAN PIRANDÓN. Revuelo.

UNA VOZ: ¡Otro pájaro que cae!

ESCOBERO: ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Si es don Juan Pirandón! ¡Buenas noches, don Juan Pirandón! ¡Cómo para aquí, tan de improviso! ¡Usted siempre escondido como cuando persigue criadas detrás de las esquinas! ¡Pero no tema! ¡Aquí hay buenas mozas para que usted elija! (*Sonríe DON JUAN.*) ¡Ah! ¡Ah! ¡Don Juan Pirandón! ¿Conocéis a don Juan Pirandón?

VOCES: ¿Don Juan Pirandón? ¡Sí! Don Juan Pirandón, putero y cabrón!

OTRAS VOCES (*en otro tono*): Putero y cabrón, putero y cabrón.

DON JUAN (*muy desenvuelto, vivaracho*): ¡Un momento, camaradas, un momento! Tengo que comunicaros una cosa: que desde ayer soy comunista, soy como vosotros, un verdadero proletario que luchará hasta la muerte por el triunfo de la revolución social. ¡Viva Rusia! ¡Viva el amor libre!

Grandes risas.

TIMONEDA (*cantando*): Os doy un bando, a saber: al putero, putas dar, y al cabrón, cuernos poner.

VOCES: ¡Bravo! ¡Bravo! Que don Juan Pirandón sea coronado de cabrón.

VOCES: ¡Sea! ¡Sea!

Con los palos y una cuerda hacen unos cuernos que se los ponen en la cabeza varias mujeres.

DON JUAN (*casi ahogado de tanto gritar*): ¡Camaradas! ¡Camaradas!...

VOCES: Don Juan Pirandón, putero y cabrón.

VOCES (*en otro tono*): ¡Putero y cabrón! (*Bailan alrededor de él.*)

ESCOBERO: ¡Basta ya! ¡A porra muera la zorra!

VOCES: ¡Muera!

EL FISCAL: ¡Por cabrón! ¡Pom! (*Cae.*)

TIMONEDA: ¡Un poyo de cabronazo para sentar mi culazo! (*Se sienta sobre él y toca el acordeón.*)

Griterío.

UNA VOZ: ¡No hay más burgueses!

UNA VOZ DE MUJER: ¡Hola, por las señoritingas!

OTRA VOZ DE MUJER: ¡Vamos nosotras a darles cuatro azotes!

Revuelo.

VOCES: ¡Te pongas como te pongas, vitongas, señoritongas!

VOCES: ¡Vitongas, señoritongas! ¡Vitongas, señoritongas!

Las mujeres corren hacia las señoritas que han estado acurrucadas en un rincón. Gritos, carreras. Intentan salir. Se desgarran los vestidos. Algunas mujeres cogen a las señoritas y las llevan al primer plano.

UNA MUJER: ¡Levantadles las faldas! ¡Que nos enseñen el culo cagao!

VOCES: ¡Eso! ¡Eso!

VOCES: ¡Culo cagao, señorita del pan plingao!

Alzan las faldas de las señoritas y les dan azotes. Gran griterío y revuelo. Risas de los hombres.

TIMONEDA, el músico, se sube a una mesa y toca «La Internacional». Alrededor, todos cantan.

Después, algunos obreros y campesinos se sientan en los sillones, imitando y ridiculizando ademanes de los señores del casino.

TIMONEDA toca una pieza animada, y hombres y mujeres se ponen a bailar, alegremente. Después se agrupan alrededor de un pañuelo rojo sobre un palo y cantan «La Internacional», con los puños en alto.

VOCES: ¡Viva la revolución!

VOCES: ¡Viva!

TELÓN